

mundo y de la Historia. Si Benn criticaba la recepción nietzscheana de la evolución, aquí celebra esta otra. El mundo no puede ser explicado de una manera colectiva y general, sino que en dicha explicación debe intervenir el individuo.

El conocimiento de la contemplación y de la acción conducen a la oscuridad. Dentro del poema mismo parece establecerse un diálogo entre el mundo de la contemplación y el de la acción; caminos opuestos, pero al fin sombras ambos que desembocan en la oscuridad. Los dos chopos bordean ese mismo camino del conocimiento. Los dos últimos versos, cada uno de los cuales parecen querer sugerir una estrofa diferente («luego dejar caer / —tú sabes— para quién»), parecen preguntar: ¿cómo se podrá vivir en la oscuridad?, ¿es Dios la oscuridad? El estatismo y la propia acción no vendría así en una imposibilidad de explicar el mundo. En el primer texto del *Tao* se dice: «El nombre que puede ser revelado no es el Nombre Absoluto. / Sin nombre es el principio del Cielo y la Tierra».

La poesía está tendida en el espacio vacío en torno al mundo y el yo. En ese espacio vacío está el destino del hombre moderno. Los *Poemas estáticos* responden, así pues, a las teorías que Benn expuso en sus *Problemas de la lírica*. Aunque allí, en la fría teoría, era mucho más extremista que aquí, en la práctica. No nos olvidemos de que estos poemas fueron escritos antes que el ensayo, por lo cual este último, es también la experiencia de ellos. No son estos poemas el resultado de su ensayo. Los *Poemas estáticos* están repletos de referencias simbólicas, míticas, históricas y culturales. «Del pedregal de la gran ruina del mundo» (en «Poemas») debe rescatarse el culto al misterio del mundo a través de la palabra, los poemas y los versos que son como el eco de las voces oraculares. En el poema «Inutilizable» se refiere a las palabras como los tesoros puros que componen un poema que es el «recuerdo de lo ancestral». Lo ancestral que es lo anterior a lo antiguo, el origen.

Uno de los poemas más bellos y significativos de este libro es el titulado «Siglo V». Es el viaje al mito. En el primer fragmento, Benn describe su propio viaje al Hades. En el segundo se refiere a los misterios de Eleusis, a la búsqueda de aquella sabiduría que quedó muda en su destino. Y, en el tercero, se encuentra ya en el final del viaje, en la isla de los sueños donde ya son todos sombras. Allí está Helena, la más deseada, esperando que alguien regrese para saber que todavía es un deseo que ya nadie desea. «Sólo Helena permanece a veces con las palomas, / entonces juegan para no creer en las sombras: / —Paris le dio a él la flecha, a ella la manzana—». En otro poema, «Del Mediterráneo» vuelve a hacer explícita la preferencia por la cultura clásica. El último verso dice: «todo fluye del Mediterráneo».

Benn prefiere las ruinas del sur a las ruinas del norte, aunque «en la ceniza de las rosas / duerme la grava».

Benn, a pesar del estatismo programático de su último poema, o quizá precisamente por ello, en el resto del libro nos conduce a un viaje por un paisaje desolado. Todo ha sido destruido y para que no perezca del todo las cosas tienen que ser nuevamente nombradas por el poeta. El paisaje del yo interior está sacudido por parecida desolación. El viaje es a través de un mundo cuyo mapa dibujó Ptolomeo. Benn es antidarwinista y defensor de las teorías ptolemaicas de la tierra como centro del universo. Todo lo material es destruible, lo único que no lo es son las palabras porque carecen de forma y penetran en lo impenetrable, las palabras que forman los versos y los poemas, y que se asemejan a los salmos y a los escritos sagrados. La poesía cubre el vacío de la religión, de las ideologías que se han destruido por ejercer el poder y la autoridad, cuando únicamente deberían haber divulgado la fe. En el poema «Versos», «la deidad profunda e incognoscible / resucitó en una esencia y habló, / entonces son versos...». En otros fragmentos de este poema, Benn recuerda que estos versos resisten las peleas de los pueblos y perduran por encima «de poder y de asesinos», se burlan de toda acción y resisten el tiempo, son inmortalidad «en la palabra y en el sonido». Ya lo había escrito Ovidio: «los poemas están libres de la muerte». Estas mismas reflexiones son manifestadas en otro poema que se publica a continuación del mencionado anteriormente. En «Poemas» habla de la «fascinación mística» de la poesía a través de la palabra. La poesía como soledad, como apartamiento, como retiro interior, como «el monólogo del sufrimiento y de la noche».

Esta necesidad de la soledad, a la que tanto se refiere el autor de los *Poemas estáticos*, este ascetismo, este anacoretismo, es la única vía para llegar al misterio que quizá sólo se encuentra en el «doble fondo de la noche». Dado que la poesía suplanta a la palabra divina, el poeta debe ser consciente del mismo rol que le corresponde. La relación del poeta con Dios la dejó muy bien descrita Rilke: «Entre nosotros reina una discreción indescriptible». En el poema «Quien está solo», escribe en su primer verso: «Quien está solo, está también en el misterio». Y en «Tarde en el año» añade, «hondamente en el silencio / hacia quien entero se pertenece a sí mismo». No se busca tanto la resolución del enigma del mundo, cuanto el camino que debe seguirse para llegar o alcanzar su resolución. De ahí la pregunta reiterada que se desparrama a lo largo del libro: «tú sabes, tú no lo sabes».

Si lo importante —caso de que algo lo sea— no es el conocimiento, sino el camino hacia él, Benn, según comenté anteriormente, no piensa que la verdad —caso de que exista— esté en la movilidad, en la claridad, en la

luz, en el azul, en el Mediterráneo, en la colectividad de civilizaciones arruinadas, sino en la oscuridad, en la intangibilidad del camino interior. Lo anterior es nostalgia. La movilidad conduce en dirección opuesta a la que se quiere ir. El estatismo viaja hacia adelante, hacia el olvido. ¿El olvido no es la oscuridad, la verdad? La única luz que se lleva, la única luz que puede iluminarnos es la de la propia Nada. Esa búsqueda no se identifica con la muerte. Muy por el contrario, la muerte puede retrasar la otra vía de conocimiento al ponernos en contacto con las almas perdidas de todas las épocas. La muerte, para Gottfried Benn, es volver a ser sombras, y las sombras requieren la luz y la oscuridad no. «Todas (las horas) hieren / la última rompe...», dicen unos versos del poema «Sils-María», pero aquel que ha llegado al conocimiento, aquel «que-todo-sabe-nombrar / no le toca la hora». El camino iniciático de la Nada va más allá de la muerte, y quien ya se reconoce en ese no ser no puede desaparecer. «Reconocimiento —de no anunciarte nada / y no concluir nada, de no ser nada—, / tú volando sobre tus fondos, / y uno entonces te tira dentro» («Una mirada tardía»). «Pena sin victoria por lo no cumplido» («Copia II»). «Ah, en el monte, al que coronan / fruta y verano, / no se puede ver / todo lo que no llegó a brillar, / ¿no sientes en el oído / cómo fluye la hora? / ¿Cómo desde el monte en el viento / solloza un coro de sombras?» («In memoriam altitud 317»). «Ah, tú iluminado —por la propia nada—» («En verano»).

Como ya comenté anteriormente, la más dura prueba contra el estatismo es el deseo. El camino de la espiritualidad debe vencer las trampas del instinto. Y el instinto es el recuerdo. Y el espíritu es el olvido. Y el instinto es el cuerpo, lo material, lo racional. Y el espíritu es lo inmaterial, lo irracional. Y en el instinto está la nostalgia, el remordimiento, el tiempo, la memoria incluso de los dioses paganos, de la Historia. Benn quisiera borrarlo todo del recuerdo y «acaso esto no pesa más que la aflicción». En el poema «despedida» escribe: «Mi palabra, mi luz celeste, antaño poseídas, / mi palabra, mi luz celeste, destruida, malgastada—, / a quien esto le ocurrió, debe olvidarse de sí y nunca más tocar las horas antiguas / (...) él juega su juego, y siente su luz y sin / recordar —todo está dicho».

César Antonio Molina

«¿No la veis, vosotros,
la América que nosotros soñamos...?»



José Enrique Rodó